





CRIMEN EN EL CONFITAL  
BY AGATHA CHRISTIE



Javier Campos Oramas

CRIMEN EN EL CONFITAL  
BY AGATHA CHRISTIE



Primera edición: noviembre de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Javier Campos Oramas

Imágenes con poca calidad al incluir las originales que tienen las carencias técnicas de la época

ISBN: 978-84-16824-80-9

ISBN digital: 978-84-16824-81-6

Depósito legal: M-31293-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi querida hija Edelmira*



# Índice

PRESENTACIÓN .....	11
¿CRIMEN O ACCIDENTE? .....	13
NOVELERÍAS SOBRE AGATHA CHRISTIE	
EN CANARIAS .....	35
¿QUIÉN ES MRS. CHRISTIE? .....	37
THE BEE OF SOLANUM TUBEROSUM.....	45
KILDONAN CASTLE .....	51
NANCY NEELE .....	55
CARLO .....	59
CANARY ISLANDS .....	63
METROPOLE HOTEL .....	73
EL ENIGMA DEL DOCTOR... ..	83
ABSTENERSE MITÓMANOS.....	99
<i>CRIMEN EN EL CONFITAL Y LA SEÑORITA DE</i>	
<i>COMPAÑÍA, COINCIDENCIAS</i> .....	101
<i>THE AGATHA'S GROUP Y LAS PROTAGONISTAS DE</i>	
<i>LA SEÑORITA DE COMPAÑÍA, COINCIDENCIAS</i> ..	105
NO DEBEMOS DETENERNOS AHÍ... ..	109
LOS RECORTES DE PRENSA DE PERIÓDICOS	
DEL DR. LLOYD .....	113
CALENDARIO 1920 .....	175
FUENTES DE INFORMACIÓN.....	177



## Presentación

Este librito está escrito con todo el rigor de una hipótesis de trabajo académico, algo de ello se puede reconfirmar en el último capítulo que hace de adenda, aunque he preferido hacerlo de manera jocosa y, preferentemente, entretenida. Pidiendo licencia a la famosa autora Agatha Christie, pues me he ayudado muchísimo de los personajes que aparecen en *Miss Marple y trece problemas*, he creado una dinámica mitad novela mitad ensayo que permite fluir con facilidad la demostración de las hipótesis presentadas.

Un día leyendo noticias de hace casi un siglo, editadas en los periódicos de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, me llamó especialmente la atención un titular y su desarrollo. Esta noticia se encabezaba con estas palabras ¿Homicidio o crimen?

Este título lo ofrecía el periódico *Diario de Las Palmas* del día cinco de mayo de 1920, en su página tres. Había algo particular en dicho asunto, en los datos que ofrecía, en su tratamiento, algo, algo, algo... ¿Dónde había leído yo este asunto, este drama? Pronto vino a mi memoria las obras de la reina del crimen: Agatha Christie.

En efecto, lo que yo después investigaba en los periódicos locales de Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife era la matriz o punto de partida del *sketch* titulado *The companion* o *La señorita de compañía*.

Sacando una cereza se saca otra, y otra, y otra... Así surge el viaje alrededor del mundo realizado por el matrimonio Christie; la estancia de Agatha Christie en Canarias; el encuentro con el Dr. Lucas...

¿Y quién fue el mentado doctor Lucas? ¿Existió? ¿Era británico, era canario?

Estas cuestiones están aquí tratadas con todo el severo rigor de una hipótesis de investigación académica, todo está debidamente avalado con documentos escritos e imágenes aunque siempre quedan algunas dudas a las que, tal vez, otros investigadores encontrarán las respuestas.

La primera parte del trabajo está desarrollado como si fuera una novela corta o *sketch* propio de Agatha Christie, salvando las distancias, ¡qué es mucha! Le siguen unos breves capítulos sobre la biografía de Agatha Christie que nos llevarán a Canarias y de aquí entramos en la parte más propia de la investigación.

Los últimos capítulos profundizan en las bases que permiten conocer la relación entre el *sketch* *La señorita de compañía* y el crimen en el Confital. Termina la investigación en el capítulo titulado *Los recortes de prensa del Dr. Lloyd* donde expongo, de manera sumaria, las noticias de prensa que apoyan el desarrollo de las hipótesis expuestas.

## ¿CRIMEN O ACCIDENTE?<sup>1</sup>



—¿Qué día es hoy? ¿Martes? Le llamaremos el Club de los Martes. Nos reuniremos cada semana y cada uno de nosotros, por turno, deberá exponer un problema o algún misterio que cada uno conozca personalmente y del que, desde luego, sepa la solución. Dejadme ver —continuaba hablando Joyce Helier—, cuántos somos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. En realidad, tendríamos que ser seis.

—Te has olvidado de mí, querida —dijo miss Marple con una sonrisa radiante.

1 CHRISTIE, A.: *Mis Marple y trece problemas*. Estos numerosos textos de este ensayo - *sketch* están entresacados, y algunos alterados o combinados, según las necesidades de la redacción que se esté exponiendo en el capítulo correspondiente de la obra aquí citada. Mrs. Christie será bondadosa conmigo y me permitirá jugar con sus personajes y conversaciones. Ejemplo: el primer bloque de esta parte está entresacado de *El Club de los martes* y el bloque segundo de *La señorita de compañía*; el resto de las citas o juegos de frases se irá advirtiendo oportunamente en cada nota.

\*

—Ahora usted, doctor Lloyd —dijo miss Helier—. ¿No conoce alguna historia espeluznante? —le dirigió aquella sonrisa que cada noche embriajaba al público que acudía al teatro...

Con un gesto inconsciente, el médico tiró hacia abajo de las puntas de su chaleco, que empezaba a quedársele estrecho y buscó afanosamente en su memoria algún recuerdo para no decepcionar a la encantadora criatura que se dirigía a él con tanta confianza.

—Me resulta un poco difícil escoger el tipo de historia que ustedes desean oír —dijo el doctor Lloyd pensando desesperadamente—. Sí claro, sí... —prorrogó Lloyd—. ¡Ah! ¡Ya lo tengo! Creo que conozco un ejemplo que cumple muy bien los requisitos exigidos. Y se reclinó en su butaca con un suspiro de alivio. Tomando nuevamente la palabra Lloyd habló un largo rato. Leamos lo que dijo—. De esto hace ya algunos años y casi lo había olvidado. Pero los hechos fueron realmente extraños, muy extraños...

»Es posible —prosiguió el anciano—, que hayan leído algún comentario acerca de este caso adormilado y vuelto a recuperar en los periódicos del año pasado. Entonces, en 1920, se archivó como un misterio sin resolver. Recuerdo que un periodista nativo, Mr. Quesada, que trabajaba en una de nuestras empresas, Elder o el British Bank, tengo el recorte aquí; se permitió escribir sobre este asunto, pero como novelista lo trata desde el aspecto literario y especulador, nada serio<sup>2</sup>. Pues bien, da la casualidad de que la solución llegó a mis manos no hace muchos días. El incidente que voy a referirles —continuó el médico—, sucedió en la isla de Gran Canaria, no en la de Tenerife. Hace ahora muchos años ya. Mi salud no era muy buena y me vi obligado a dejar mi trabajo en Inglaterra y marcharme al extranjero. Estuve ejerciendo en Las Palmas, que es la capital de Gran Canaria. En cierto modo, allí dis-

---

2 El escritor Alonso Quesada (L.P.G.C. 1885-1925), en la narración rescatada por el catedrático Antonio Henríquez Jiménez: *La imaginación del viajante*, publicada en el periódico barcelonés *La Publicidad*, el 03/09/1920, y posteriormente en *Smoking-Room*, deja constancia de ello

fruté mucho. El clima es suave y soleado, excelentes playas: yo soy un bañista entusiasta, y la vida del puerto me atraía sobremanera. Barcos de todo el mundo atracan en Las Palmas. Yo acostumbraba a pasear por el muelle cada mañana, más interesado que una dama que pasara por una calle de sombrererías —Lloyd chasqueó ligeramente la lengua y cuando iba a iniciar su relato, se detuvo, puso los ojos en blanco y comentó—. Mejor lo hago el próximo martes, pues quiero recordar que tengo unos recortes de periódicos en casa sobre este hecho.

Miss Marple torció el gesto y sonrió de forma condescendiente.

Joyce Helier insistió, poniendo todo su candor al entonar la súplica:

—¡Oh! No. Díganos esa historia, ya irá recordando los detalles. Ponga a funcionar esas células grises de las que tanto conocen ustedes, los médicos.

El buen galeno retomó la iniciativa y empezó una detallada explicación sobre los periódicos locales en los que había leído las noticias del homicidio o asesinato, hecho que todavía está por dilucidar. Enumeró, Lloyd, los periódicos: *La Provincia* y *Diario de Las Palmas*, de la isla de Gran Canaria; *La Gaceta de Tenerife* y *El Progreso*, de la isla de Tenerife. Añadió que los textos eran casi iguales, pues en aquella fecha, 1920, no existían muchos medios para obtener la información.

—Diré —continuó el doctor Lloyd—, que convenía leer todas las versiones del suceso, pues según iban transcurriendo los días a la copia del texto inicial se le iban añadiendo pequeñas gotas de información. Estos añadidos permitían hacerse con una idea cabal de todos los hechos. Recuerdo —continuaba el cronista Lloyd pintando la situación—, que *El Progreso* tenía buenos redactores y sabían describir la situación con más enjundia que otros, cualidad parecida a la aportada por los periodistas de *La Provincia*. Veré de lo que me acuerdo.

El coronel Bantry intercambió una mirada cómplice con sir Henry Clithering. Finalmente la señora Bantry sugirió:

—¡Por favor, querido! Inicie el tema, me tiene muy agitada.

El bondadoso médico L. B. Lloyd, nuevamente chasqueó la lengua, tosió y dijo:

—La historia fue así: El domingo de madrugada, detrás de la montaña llamada Las Coloradas, terreno militar de Puerto de la Luz, fue encontrado el cadáver de una señorita inglesa, presentando una herida en la frente. Pronto se supo que la tal señorita era pasajera del vapor inglés Andorinha. El suceso de su muerte parece que ocurrió en la forma siguiente:

En calidad de turistas viajaban en el vapor inglés Andorinha, Miss Curtis, y Miss Sarah Middlemore, ambas amigas íntimas se conocían desde hace muchos años y durante, algún tiempo en la pasada guerra, trabajaron de motoristas guiando camiones. También a bordo del mismo vapor venía otra señorita inglesa amiga de estas dos. El lunes pasado llegaron de Liverpool y dicho día marcharon dichas señoritas de excursión a Santa Brígida continuando viaje aquella misma noche en el vapor para esta capital y Puerto de La Cruz.

El Andorinha regresó el sábado a Puerto de la Luz. La mayoría de los turistas que conducía, marcharon al campo; y otros quedaron en la población. Entre estos últimos estaban miss Curtis y miss Middlemore, que juntas, como era en ellas costumbre, marcharon de paseo por las calles del Puerto hasta que llegaron al restaurant Las Delicias, en las Canteras, donde almorzaron. Eran poco más o menos las doce. Terminaron de almorzar y continuaron su paseo hacia la Isleta tomando la calle Camino del Faro que termina en las proximidades del camino que conduce a la playa El Confital. Siguieron por aquel camino y al llegar a la puerta que está a la entrada de los terrenos militares continuaron por allí dicho paseo.

Avanzaron unos dos kilómetros más allá de donde están las Salinas y, después de estar sentadas, se bañaron juntas

saliendo ambas de este primer baño sin novedad. Unas horas más estuvieron por aquellos sitios de paseo llegando hasta donde termina el camino posible de transitar, detrás de la montaña de Las Coloradas, la siguiente hacía el paso de la del faro de la Isleta. En este mismo sitio está la playa llamada de Los dos caminos, sitio peligroso por el estado del mar, Dora Curtis manifestó a su compañera y amiga vivos deseos de bañarse en aquel sitio.

Miss Middlemore no quiso bañarse, más la otra se decidió a hacerlo por lo que esta le dijo que, en vista de sus deseos, se marcharía al Puerto e iría a bordo del vapor a buscar a la otra amiga para ambas esperarla en el balneario donde todas comerían a las siete de aquella noche. Ambas amigas convinieron en lo expuesto por miss Middlemore por lo que ésta marchó camino del Puerto, dejando allí a su amiga dispuesta a bañarse.

Miss Middlemore llegó al vapor en busca de la tercera amiga, que no encontró por estar de paseo por la población. Al no encontrarla marchó al balneario donde esperó por miss Dora Curtis hasta después de la siete. En vista de que no llegaba, púsose a comer. Terminó de comer y llegó a bordo del Andorinha cerca de las nueve. Al llegar, lo primero que hizo fue preguntar por miss Dora Curtis. Nadie le daba noticias. Entonces pensó que algo extraño había ocurrido a su amiga, y dio parte al capitán del Andorinha de lo que dejamos relatado, todo lo cual ha sido manifestado por miss Middlemore.

Al conocerse a bordo la desaparición de miss Curtis, se ordenó que la playa donde aquella se bañó y sus cercanías fuesen registradas por temor a que por desconocimiento del camino se hubiese extraviado. Dos veces se registró minuciosamente, no dando resultado alguno, marchándose el vapor a las 4 de la madrugada. Al jefe de las salinas se le dejó el encargo de que a la mañana siguiente la buscase. Este

individuo manifestó que vio pasar a dos inglesas hacia el mediodía, y que por la tarde, vio regresar a una sola. Al alba el salinero y su familia salieron en busca de miss Curtis. A los dos kilómetros fue encontrada muerta en la orilla de la playa.

El cadáver fue hallado en traje de baño, boca abajo y con una herida en sien derecha. Además, en una de las manos tenía una media apuñada. Es muy probable que al salir la señorita Curtis resbalase en aquella parte tan llena de limo y cayese sobre los mariscos produciéndose la herida de la frente y que por efecto del golpe quedara sin conocimiento. La media que aparece apuñada se supone que la cogiera para atajar la sangre que manaba de la herida producida.

Tal vez estuviera con vida algunas horas, y para desgracia de aquella no pasase por allí ningún pescador. Las ropas de la víctima no aparecieron. La pleamar pudo habérselas llevado. Solo se encuentra en la playa de Las Canteras una cartera con algunas viandas.

»La autopsia del cadáver fue practicada por los médicos militares. El dictamen dice que murió ahogada, y no estrangulada como se dijo. Queda ahora la incógnita de si se trata de un suicidio, de un hecho fortuito o de un acto criminal.

La finada era artista, tenía 41 años de edad y era natural de Londres.



Extrañamente Lloyd añadió:

—Esta es la versión del periódico *El Progreso*, del día 07/07/1920, págs. 1 y 2, la crónica se titula: *Una señorita inglesa, pasajera del vapor Andorinha, es hallada muerta*.

Y levantándose con brusquedad salió a escape del salón de los Bantry dejando un reguero de voces que le increpaban de esta manera:

—¡Doctor Lloyd! ¡Doctor Lloyd! ¿A dónde va? Vuelva y termine.

\*

Después de cierta incomunicación entre los miembros de tan distinguido Club, llegó un nuevo martes. Previas notas suplicatorias, enviadas a los integrantes de la tertulia por la adorable miss Helier, se reunieron todos los componentes de la sociedad en el agradable salón de Dora Bantry.

El doctor Lloyd traía una carpeta azul con los recortes de periódicos, que fue sacando cuidadosamente. Circularon los amarillosos y ásperos papeles de mano en mano. El doctor, cual minucioso escribano, había hecho unas anotaciones en los bordes de los recortes. Estas anotaciones eran el nombre del periódico y la fecha de su publicación. Además, a cada fragmento de prensa le había adherido, fijándola con cola blanca, de la acreditada marca Pelicam, en el ángulo superior izquierdo, una hoja con la traducción al inglés de la crónica allí relatada.

La presencia de los recortes de prensa obligó a un intercambio de gafas de los participantes, salvo Joyce Helier que entornaba mimosamente sus esplendidos ojazos verdes.

Lloyd tomó la palabra exponiendo su labor investigadora y archivística. Predicaba con cierto placer dando aquellas nuevas, si no agradables sí instructivas.

Quiso el doctor explicar algunas características geográficas sobre la playa de Las Canteras, también conocida en fechas an-

teriores como el Arrecife. Explicaba cómo esta hermosa playa forma parte de un gran arco de arena, en esta zona, y de piedras volcánicas y rocas mezcladas con arenas, por la zona donde se bañó la malograda miss Curtis. Este enorme arco es denominado Bahía de El Confital. Incluso se atrevió el cronista Lloyd a comentar que este nombre de Confital era por el color blanco de muchas piedritas de la zona, que parecen confites o dulces azucarados.

Acto seguido, el anciano médico recogió con mucho celo los fragmentos de prensa. Ahora, ya guardados, reabrió la carpeta y extrajo seis hojas, cada una con el nombre de su destinatario. Las hojas venían timbradas con el distintivo de la empresa The Grand Canary Coaling Ltd. Junto al texto publicitario, escribió el galeno: «*Observations*».

Debajo de este titular se enumeraban, por las dos caras del folio, cuantiosas observaciones que el doctor quería tener en cuenta y comentar, como así especificó.

—Creo, doctor Lloyd —dijo el coronel Bantry—, que las tres primeras observaciones: autoridades, puerto y líneas navieras, podríamos obviarlas en este martes.

—Sí, sí —ardorosamente insistió Joyce—, de eso ya hablamos el último día. Vamos al caso.

—Nos gustaría conocer algunos detalles de ese *restaurant* o casa de baños, doctor —apostilló tímidamente miss Marple—. ¿No será algo impropio para oír las señoras, verdad?

—¡Oh! No, no, querida miss Marple. Todo lo contrario. En la época que estamos tratando, Las Delicias era un lugar muy agradable que a determinadas horas reunía a familias, tanto para el baño como para tomar las comidas del día. Este *restaurant-merendero* es más conocido por La caseta de Galán. Estaba fabricado sobre un conjunto de troncos que soportaban un amplísimo local con terraza, cabinas de baño e, incluso, salas de duchas para señoras y caballeros, por separado, ¡por supuesto, querida!

»Por las mañanas —continuaba el relator—, tenía un público fijo de jóvenes deportistas que hacía natación hasta una barra natural que protege cuidadosamente este arenal o playa de arena casi blanca. Muchos de ellos volvían al caer de la tarde para este y otros ejercicios. Incluso, algunos acudían con sus caballos para correr por tan magnífica pista, pero últimamente se ha prohibido realizar este peligroso deporte en lugar donde acuden tantas familias distinguidas en verano, principalmente.

»En determinada época del año, ir a cenar en la terraza era una verdadera delicia y durante todo el año se ofrece unos atardeceres con vista al gran pico del Teide. Puedo decir —cambiando su tono suave de voz por otro algo más enérgico—, que he viajado mucho, como ustedes saben por mi trabajo de médico de compañía naviera, que no hay otros atardeceres más bellos que los que se ven desde Las Canteras.

La exposición del galeno fue interrumpida por miss Barton que preguntó:

—Estoy confundida, ¿era Las Delicias o La caseta de Galán el nombre de este sitio donde almorzaron las jóvenes turistas?

—Ambos nombres. Realmente el primero era el oficial, pero la gente lo conocía por el segundo. Antonio Galán Cruzado —retomó la palabra el cronista ocasional—, y no José como dice esta crónica, lleva este importante negocio que amplió de otro que tiene en la proximidad<sup>3</sup>. En la fecha del suceso, 1920, este *restaurant-balneario* lo llevaba con mucha autoridad. También en esta playa había o hay, mejor dicho —aclaró Lloyd—, dos instituciones médicas muy relevantes. Una es nuestro hospital Victorian, que llevaba, por aquella época, el colega doctor Francis Cross y la otra es una muy noble institución llamada Hospital Casa-Asilo de San José, fundada y dirigida por el doctor Lucas Apolinario, creo que ya fallecido.

<sup>3</sup> Antonio Galán Cruzado, natural de Huelva, había sido soldado en la Guerra de Cuba, al regreso a Europa se queda en Gran Canaria. Excedente del Ejército se casa y tiene hijos. Hubo un José Galán, comerciante en Tenerife y un empleado de Justicia también José Galán, pero sin parentescos con Antonio Galán Cruzado, o al menos no declarados.

—¡Oh! Lucas como el evangelista que también era médico — dijo Mrs. Bantry.

—Y también el médico evangelista era pintor, no lo olvidemos, querida —redondeó miss Marple.

—Bueno, bueno, vayamos al asunto que nos trae —cortó la conversación el coronel.

—No crea coronel que esto es tan irrelevante. Los nombres, como las profesiones, pueden darnos muchas pistas, mucha información. A veces —siguió hablando miss Marple—, los escritores ponen nombres a los personajes por su significado, por la lectura crítica que se puede hacer de ellos, por el mensaje que evocan...

—Adelantemos algo más —sugirió sir Henry Clithering—, podemos pasar a otras de las observaciones que tiene usted, Lloyd, apuntadas.

—¿Se refiere usted, sir Henry, a la de los nombres? —preguntó el interpelado.

—Sí, estimado amigo. La número siete precisamente —correspondió sir Henry—. Veo —continuó—, que la compañera de miss Curtis tiene distintos apellidos, unas veces Reynold, otras Middlemore o Midlemor, y otras Mydelomore. Si yo quisiera investigar o pedir información a algunos conocidos que tengo en Scotland Yard o entretenerme localizando la noticia en los periódicos no sabría qué hacer, qué buscar exactamente.

¡Ji, ji, ji! Reía de forma ratonil nuestro médico.

—Esto es alguna de las peculiaridades de aquellas tierras. Tanto Santa Cruz de Tenerife como el famosísimo Puerto de la Cruz o Las Palmas de Gran Canaria son *resorts* afamados, no cabe duda; pues bien, no más del dos por ciento de aquella población, juntas o por separadas, hablan correctamente nuestro idioma. Llevamos varios siglos de relaciones comerciales, tenemos iglesias y cementerios propios, etc. Pues, como digo, solo un dos por ciento hablan con soltura el inglés —continuó el doctor informando—. Hay un elevado número de personas relacionadas con el comercio que son capaces de hacer traducciones de textos con fidelidad, pero, como

decía, son incapaces de hablar con corrección y mucho menos de redactar. Eso sí, han transformado algunas palabras nuestras en otras que nosotros mismos no sabemos a qué se refieren. ¡Ji, ji, jil!

—¡Entonces! ¿Cómo se apellidaba la compañera de miss Curtis? —preguntó miss Helier.

—Mydelomore, querida Joyce, Mydelomore —reforzó sir Henry.

—Por eso, querida —continuó Lloyd—, hay que leer todos los documentos que he traído y, en este caso, los últimos nos ratifican el apellido, pues ya los periodistas habían podido comprobar en los papeles oficiales la ortografía de los nombres. Vea los periódicos: *Diario de Las Palmas*, 21/07/1920, pág. 2; y *La Provincia*, día 22/07/1920, pág. 2:

Se asegura que el sábado llegará a esta población la señorita inglesa Miss Sara Mydelomore, compañera de Miss Dora Curtis, que apareció muerta en la playa del Confital de la Isleta, hace pocos días, en traje de baños.

Se añade que dicha señorita está reclamada por las autoridades con motivo del sumario que se instruye por aquel suceso que oportunamente relatamos en estas columnas.

»La diferencia de la noticia en un periódico u otro es pequeña, en este caso, pero algo similar sucede con la edad. Hay que recurrir al periódico del día 7 de julio de 1920, *La Provincia*; concretamente, página 4, para saber que la desafortunada Curtis tenía 42 años, corroborado con sus documentos privados.

—La edad puede ser una señal a tener en cuenta —argumentó Joyce—. La edad puede llevar a algunas chicas a cometer actos indeseables, muy desagradables —subiendo la voz, acabó Joyce su frase—. He visto cosas horribles en el teatro. ¡Dios nos libre!

—Observe, querida —tomó la palabra Dolly Bantry—, que se advierte que la señorita Curtis era artista, aunque no se dice de qué disciplina.

—No, lo desconocemos —chasqueó Lloyd—. Tampoco se dice si tenía relación con la naviera, solo que su capitán se tomó serias molestias en la búsqueda.

—Sí, pero se marchó, Lloyd —habló de nuevo Mrs. Bantry—, se marchó.

—Querida señora, si no hay delito comprobado no se puede retener a nadie —aclaró sir Henry—. Hasta aquel momento de la partida del barco, solo se sabía que miss Curtis no se había presentado, pero no se sabía por qué causas. ¡Y podían ser muchas!

—Bueno, sir Henry. Pero qué chica, qué señorita de bien se atreve a perder un billete tan caro y con dificultades para el siguiente barco —dijo Mrs. Bantry.

—Una artista, querida Dora, una artista de barco —remató Mr. Bantry.

—¡Oh! Sí —añadió Joyce Helier—. Algo se ha podido oír de las cosas que suceden en los barcos. Pero coronel, ¿no estará usted insinuando que las artistas no tenemos decoro? —esto último lo dijo elevando su habitual tono de voz.

Sir Henry se puso algo inquieto, tosió repetidamente. Recuperada la calma, habló sir Henry.

—No querida Joyce, lo que el coronel quiere decir es que tenemos que tener en cuenta todos los aspectos. ¿Verdad, buen amigo? —fijando la mirada en el coronel Bantry.

—¡Oh! Sí, sí, querida Joyce —corroboró el coronel Bantry.

—¡Ah! Caramba —interrumpió, chasqueando la lengua contra el paladar, el doctor Lloyd—. No, no era Lucas. Lucas era el primo del doctor Apolinario. Don Lucas era... —hace un inciso—. Creo que aún vive. ¿Por qué no? Somos casi de la misma edad, bueno él un poco mayor que yo, según creo. Digo que don Lucas era un hombre interesantísimo, relacionado con The Grand Canary Coaling, su hermano era el gerente. Don Lucas era director, entre muchas cosas más, no solo de la Cruz Roja sino de una institución llamada La Previsora, institución ubicada al oeste de la ciudad, cerca de los Riscos que hacía una gran labor con las clases modestas

de artesanos y trabajadores. ¡Oh! En aquellos tiempos de hambre, la tuberculosis hacía grandes estragos. El doctor Apolinario, el doctor Apolinario se llamaba... —miraba pensativo Lloyd los papeles que tenía entre sus manos.

—Bien, bien —interrumpió el coronel Bantry—, pasemos a la siguiente observación. Mi mucha experiencia, y especialmente la de esta desdichada y devastadora última guerra, me permite hacer otra consideración con respecto a estas jóvenes artistas o no artistas. Mi consideración es que tenían que ser mujeres fuertes y hábiles. No todas las mujeres pueden conducir estos pesados y duros vehículos. Nosotros nos encontrábamos, en determinados momentos de la guerra, en momentos en que había que elegir a jóvenes granjeros o trabajadores endurecidos en nuestros muelles para guiar camiones de cierto tonelaje y para determinados sitios. No solo es conducir sino tomar decisiones, a veces, muy apuradas de tiempo y con grandes riesgos. Los *chauffeurs* tienen que ser gente aguerrida, brava.

—¡Ah! Ya está —como si un poderoso resorte hubiese lanzado al anciano doctor Lloyd contra el cielo, este se puso de pie asustando a la concurrencia.

El grito fue unánime:

—¡Doctor Lloyd! ¿Qué sucede?

—El doctor Apolinario se llamaba Bartolomé. Sí, sí, Bartolomé, Bartolomé —terminó enrojeciendo de alegría el sabio, y hasta aquel momento, moderado galeno.

—¡Bueno! ¡Bueno! Otro nombre de apóstol también —susurró alegremente Mrs. Bantry.

—Otro nombre de apóstol, es qué los nombres... —exclamó tímidamente miss Marple.

—¡Oh! Tía Jane, tiene usted una gran sensibilidad para estas cosas tan difíciles —dijo emocionada Joyce Helier.

El buen médico Lloyd se alargó con unas agotadoras observaciones sobre los señores Apolinario y su familiar don Lucas. Don Lucas, no se sabe qué cosa más, y Apolinario. No quedó muy claro

si este don Lucas era médico o solo persona muy relacionada con el mundo de la medicina y cierto atrevimiento, del don Lucas, en recomendar algún fármaco, según su intuición y experiencia con los médicos.

Nuevamente intervino sir Henry cortando aquellas efusiones y añoranzas de Lloyd.

—Debe usted aclararnos, estimado doctor, por qué en unos periódicos se dice que las pesquisas las inició el señor Galán y en otros el capitán del Andorinha, el barco de la Yeoward. Lo señala usted en la observación décima.

Serenando sus efusiones y chasqueando la lengua, como solía hacer, Lloyd empezó a enumerar una serie de considerandos sobre lo que era la zona de El Puerto en 1920, con tantos súbditos alemanes y austriacos abandonados por sus gobiernos; y sobre la autoridad moral del señores Galán. Así mismo habló del interés de las compañías navieras de dar toda clase de seguridades a sus clientes, pues la Gran Guerra les había hecho estragos en sus cuentas de negocios y había que recuperar el mercado de turistas con mucha celeridad.

Miss Marple empezó a recoger su labor de aguja y a buscar con la vista sus piezas de abrigo.

—Jane —interrumpió sir Henry—, ¿le sucede algo?

—¡Se viene una tormental! —contestó algo alborotada miss Marple.

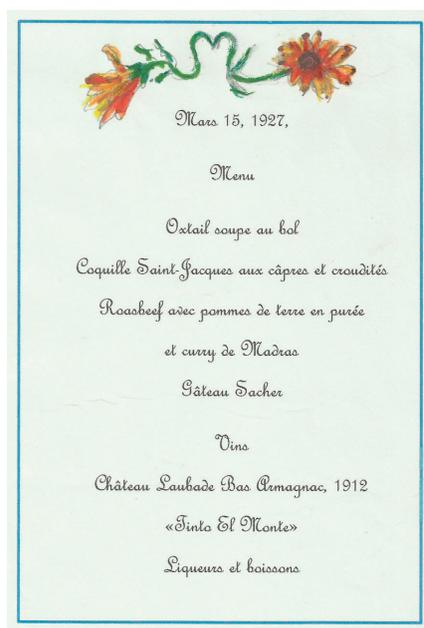
—No he notado nada —dijo Dora Bantry—.

—Sí, querida —replicó miss Marple—. Me duele intensamente la rodilla izquierda y Toby ha corrido hacia su aposento. Los perros tienen especial oído para percibir las tormentas. Toby se ha ido a esconder a los bajos de su cama, querida Dolly.

Acto seguido miss Marple se levantó e hizo algunos aspavientos para que le alcanzaran su capa, mientras se ajustaba la mantelita por los hombros y el pañuelo al cuello; ya se pondría otro por la cabeza y se coronaría con un mínimo sobrero de fieltro oscuro.

Sir Henry Clithering acudió pronto a tomar la capa gris de antigua enfermera de la guerra Boers, que miss Marple usaba. Los dedos del ex agente de Scotland tropezaron con una etiqueta blanca del reborde interior de la capa que tenía bordado en letras rojas: «U. C. Ltd. KILDONAN».

Todo era un revuelo de brazos, mientras angustiado por la situación del movimiento incontrolado que tomaba la sala de Gos-sington Hall, el doctor Lloyd recogía apuradamente los recortes y papeles, salvo el de sir Henry, que había insistido en retenerlo para estudiar mejor *The doctor's observations*.



\*

—¡Oh! Querida Dolly. Muy ocurrente, muy ocurrente en denominar la botellita de vino que le envié para esta noche, ya me quedan pocas. Los vinos de El Monte, en Gran Canaria... —se extendió el doctor Lloyd con profusión de datos sobre el cultivo enológico en las cenizas volcánicas de Bandama.

—El Laubade lo trajo mi esposo de Francia, después de la guerra. Creo que la ocasión merecía su descorche. ¿Hoy, por fin, conoceremos la solución, querido doctor?

—La solución vendrá, ella vendrá, amiga mía, pero si llego a saber que usted ofrece esta opípara cena... —chasqueó la lengua, como solía hacer en momentos de su interés—. No es que las otras le desmerezcan. ¡Eh! Me alargaré en los datos del homicidio o crimen para volver a tener una cena tan sustanciosa, tan deliciosa. Me ha recordado a las cenas del hotel Metropole... ¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! —esto último lo dijo con mucho deleite.

—¡Oh! No, no, querido amigo —dijo sir Henry, divertidamente—. ¡Ya esto es fruta madura!

—Dolly, permítame decirle que todo en su casa es muy agradable, y que decorara usted la cartulina del menú con estas florecitas amarillas... tan delicadas... tan sugestivas... Es encantador... —alargaba musicalmente las palabras Joyce Helier.

—Estas flores amarillas, querida Joyce, se llaman caléndulas que representan a las calendas romanas; observe qué día es hoy. Y no olvide, querida, que Dolly es una gran conocedora de la botánica y del lenguaje de las flores —sonrió amigablemente miss Marple.

Simultáneamente a este comentario, Miss Dolly Bantry colocaba su servilleta usada a la izquierda del plato de postre, aún no retirado. La cena se daba por terminada. Inmediatamente las señoras presentes hicieron movimientos de levantarse.

—¡No, no, no! No se levanten ustedes, mis queridas amigas, sin oír mis elogios —comentaba sir Henry Clithering—, sobre esta finísima tarta Sacher. ¿Es de su mano, Marple? ¿Verdad?

La referida sonrió orgullosamente.

—¡Bah! Sir Henry. Es una receta muy conocida, ésta es de mi tía abuela, que le daba un toque inusual a sus postres.

Los miembros del Club de los martes fueron ocupando los sitios habituales. Entre dientes se oyó decir que aquel vino de Canarias era algo fuerte, propio para otros paladares.

Entra en la sala Mary, la doncella, llevando una bandeja grande de plata donde se pueden ver: tres copas de Oporto, dos de Cognac y un vaso de Escocia. Cada uno de los miembros tomó lo suyo, según habían pedido antes de sentarse a tomar la cena.

Joyce Helier rompe el fuego dirigiéndose al doctor Lloyd.

—No se dice nada de la otra joven inglesa, ni su edad ni su nombre...

—¿Se refiere, Joyce, a la que permaneció en ese barco? El Andorinha —aclaró Mrs. Bantry—. Pudo ponerse de acuerdo con miss Mydelomore y ambas cometer el delito. ¿Verdad?

—No, no lo creo —chascó Lloyd la lengua—. Aquel paisaje no permite ocultarse, es una zona... diríamos, desértica. De un solo golpe de vista se barre completamente. Además, recuerde querida, que hemos leído que la familia del salinero declaró que vio ir en dirección a El Roque a las dos jóvenes y volver solo una.

—Me sigue intrigando... —prosiguió Mrs. Bantry—. ¿Cómo es que estas jóvenes, teniendo a mano ese merendero o caseta del señor Galán, con tales comodidades para cambiarse de ropa y otras necesidades propias de los baños de mar, prefirieron alejarse tanto? Dice usted, Lloyd, que mucho más de dos kilómetros.

El coronel susurró por lo bajo «la media». Tanto Joyce Helier como Mrs. Bantry se enrojecieron suavemente.

—No, lo de la media, coronel, no es admisible. Una persona que muere ahogada no retiene un objeto en su mano, salvo que esté puesto a propósito o se le haya enredado —puntualizó miss Marple.

—Desde luego, querida amiga —aceleradamente habló sir Henry. La señorita Curtis no se cayó desde esa altura de treinta metros que señala el periódico. Ese, el no sé qué de Las Palmas.

—Diario, *Diario de Las Palmas* —apuntó Lloyd, buscando afanosamente entre sus recortes—. Día 5 de julio de 1920, página 3.

—Pues ese periodista de ese *Diario de Las Palmas* escribió muy apurado —continuó el antiguo servidor de Scotland Yard—. Si la

señorita Curtis se hubiese caído, empujada o no, desde esa altura se hubiese destrozado el cráneo y tendría varios huesos rotos.

—Hemos leído que falleció de sumersión —categorizó miss Marple.

—Sí, ese fue el resultado que comunicaron las autoridades medicomilitares. Militares porque el área o zona está bajo su jurisdicción. El recorte es del día 7 de julio, página 4, pero lo dicen en *La Provincia*, el otro periódico. Este periódico era de la mañana. En fin, bajo esa disposición se le registró en el cementerio de Saint Joseph, el cementerio británico de la ciudad...<sup>4</sup>

Lloyd iba a tomar la iniciativa de una prometedora y larga información sobre las facultades jurídico militares o algo así, cuando percatándose de ello, miss Helier le interrumpió afablemente.

—Tampoco se habla de la ropa de miss Curtis. ¿Dónde las dejó, si llevaba toalla? ¿Dónde estaba la otra media? ¡Uy! Muchas preguntas, ¿verdad?

—Sí, querida, todas muy importantes. Por ejemplo: ¿tenía Dora Curtis puesto el gorro de goma para bañarse? —puntualizó miss Marple.

—No. No hay ninguna reseña del gorro —contestó Lloyd.

—No entiendo la diferencia entre homicidio y crimen, sir Henry —preguntó miss Helier conociendo que la respuesta sería directa y breve.

—Bien, querida. Crimen es cualquier hecho violento delictivo. Homicidio es cuando una persona produce la muerte de forma involuntaria. Asesinato es cuando hay voluntad expresa de producir la muerte.

—Dolly, querida —tomó la palabra el coronel—, disculpa esta indiscreción: ¿alguien se pondría las medias teniendo la ropa de baños puesta?

---

4 Documento de libre consulta, que transcribe el libro de registro, en *British Cemetery of Las Palmas: Surname: Curtis, Forename: Dora, Grave: 368/434; Age: no se indica; Date: 05.07.1920; oficiant: British Consul; Additional information: ss ANDORINHA found drowned on Confital beach; reused [sepultura].*

—¡Oh! Arthur. Eso sería muy complicado e innecesario, aparte de arriesgarte a romperlas. Las medias no son baratas, querido. Ya ninguna señora se baña con medias puestas. No creo que estas chicas, que han sido conductoras de camiones, tomen esa medida anticuada.<sup>5</sup>

—Con las guerras —habló insinuosamente miss Marple—, las costumbres han cambiado muchísimo. Igual pasó después de la guerra de los Bóers.

—Jane, estimada amiga —invitó caballerosamente sir Henry a miss Marple—, por su sonrisa, y concentración en la labor que está haciendo, creo que ya usted tiene la respuesta: ¿homicidio o asesinato? Nos puede informar de sus conclusiones.

La interpelada sonrió modestamente. Tomando la palabra dijo:

—Ahogada no, asesinada sí.

—¡Querida! ¿Cómo puede decir eso? —abriendo mucho los ojos, suspiró Mrs. Bantry.

—Ahogada, indudablemente no —dijo el doctor Lloyd—. Si se hubiese ahogado el cadáver no hubiese aparecido tan pronto, habría ido al fondo del mar y este, allí muy bravo, lo arrastraría. Allí el mar bate mucho y hay poderosas corrientes, y los alisios en esa fecha están graduados de fuertes a muy fuertes.

—Ni hubiese miss Curtis mantenido esa dichosa media en la mano. ¿Se imaginan a una persona que esté ahogándose que retenga una media en el puño? La víctima abriría la mano para agarrarse a lo que fuera, aunque no hubiese nada donde agarrarse —aseveró miss Marple.

—Además, en el caso de haber resbalado sobre las rocas planas llenas de líquenes o limos marinos —como indica uno de los periódicos—, tendría la señorita Curtis múltiples hematomas y roturas de huesos, pero se hubiera arrastrado dejando manchas de sangre y solo se indica que tenía la cara estropeada y una fuerte herida en la sien derecha. Si la muerte se produjo por la tarde —prosiguió sir Henry—, y

---

5 CHRISTIE, A.: Autobiografía, pág. 123. Donde se relata esta «obligación» a principios del siglo XX.

el cadáver apareció por la mañana, tuvo que haber uno o dos cambios de marea. El oleaje, en cualquier momento habría arrastrado el cuerpo de la fallecida, como hizo con las ropas, ocasionándole múltiples daños. En la noticia hay imprecisiones, tal vez intencionadas.

—¡Oh! Qué horror —rompió bruscamente miss Helier, llevándose las manos a la cara.

—¡Seréne querida! Es horroroso, pero no podemos intervenir en ello —dijo con cierta suavidad Mrs. Bantry.

—Me llama la atención que la familia del salinero no descubriera el cadáver antes, sabiendo donde se bañaba miss Curtis —continuó Joyce—. Los niños y jovencitos son muy curiosos...

—Y les gusta importunar a las damas. Recuerdo cuando estuve allí —quería seguir hablando miss Marple cuando un murmullo interrumpió su exposición.

—¡Marple! No nos había dicho usted nada de su estancia en Canarias —asombrado comentó el doctor Lloyd, su comentario fue avalado por un rumor indefinido.

—Una, querido, no siempre ha vivido en el mismo sitio —sonrió burlescamente la interpelada.

Repuestos de la confesión de Jane Marple, el doctor Lloyd retomó la palabra.

—El salinero no tenía hijos ni familia menuda, tal es que tuvo que organizarse para localizar a la fallecida, pero es verdad, en esta información hay algunas imprecisiones que se me han escapado en las observaciones que he planteado. Tal vez Mydelomore señaló erróneamente o intencionadamente el sitio.

—Bien —interrumpió el coronel, temeroso de que Lloyd tomara la palabra—. ¿Qué debemos pensar, miss Marple?

—Que fue un homicidio o un asesinato, seguro. El móvil no lo puedo concretar sin conocer quién era la otra compañera de viaje, pero —continuaba con su habitual ceremonia miss Marple—, estamos hablando de dos antiguas e íntimas amigas endurecidas en la guerra. Me temo, que después de unas palabras algo fuertes, cuando miss Dora Curtis se agachaba para recoger su ropa —que ha desaparecido

y no por efectos del mar, como ya se ha aclarado—, la Mydelomore agarró la cabeza de la pobre Doris y la golpeó fuertemente contra el suelo y, con una piedra, también la golpeó en la sien derecha. La víctima, en su espanto y dolor, cerró el puño con toda la fuerza que el dolor le imponía. El entorno quedaría lo sobradamente manchado cómo para no poder distinguir la piedra asesina, que tal vez fue lanzada al fondo del mar. No hay huesos rotos, solo experiencia bélica.

—¡Marple! —silabearon al unísono Joyce Helier y sir Henry.

—Dolly, querida —habló calmamente el coronel Arthur Bantry—, deberías comentar esta historia a nuestra nueva vecina, cuando vuelva de Canarias.

—Arthur. Nuestra vecina fue a Canarias el año pasado —le contestó Mrs. Bantry—. No dudes, querido, que se lo contaré a nuestra vecina, Mrs. Christie.



Playa de Las Canteras, Gran Canaria  
A la dcha. La primera Caseta del Galán, 1920, aprox.

